



LNR Semanario

La Nueva República



Orlando Ramírez.

Liberan al sindicalista venezolano Orlando Ramírez tras un mes desaparecido

El sindicalista venezolano Orlando Ramírez, presidente del Sindicato del Ministerio de Transporte, fue liberado en la madrugada del 6 de octubre en una carretera entre los estados Lara y Yaracuy, después de casi un mes detenido sin que se conociera su paradero, informó su abogado Eduardo Torres.

Ramírez fue arrestado el 8 de septiembre tras participar en una protesta por reivindicaciones laborales frente al Ministerio de Transporte, en Caracas. Durante semanas, familiares, compañeros y organizaciones sindicales recorrieron centros de detención sin obtener información oficial, en lo que denunciaron como una desaparición forzada.

El caso refleja la sistemática violación de los derechos humanos en la Venezuela de hoy, donde el régimen recurre a la detención arbitraria, la incomunicación y el uso del miedo para silenciar la protesta social y criminalizar la actividad sindical.



Patria Pueblo y Libertad

¿Quién puede proteger la vida de María Corina?

“Cuando mueren los mendigos no se ven cometas; los cielos mismos resplandecen ante la muerte de los príncipes”, escribió William Shakespeare hace más de cuatro siglos, en Julio César.

John F. Kennedy fue uno de esos príncipes de la historia. Su asesinato el 22 de noviembre de 1963 truncó una presidencia en pleno desarrollo y dejó una pregunta que nunca tendrá respuesta: ¿hasta dónde habría podido cambiar el rumbo de Estados Unidos y del mundo si hubiera vivido?

La vida de María Corina Machado es vital para la transición hacia la democracia en Venezuela. Su liderazgo ocupa un lugar central en este proceso y, en consecuencia, quien ejerza el control efectivo del país tiene la responsabilidad de garantizar su vida, su integridad y su seguridad. Pero su importancia trasciende las fronteras venezolanas: su vida es también vital para las aspiraciones democráticas de los pueblos de Cuba y Nicaragua y para el futuro de la democracia en América Latina.

La historia advierte lo que puede ocurrir cuando un dirigente decisivo desaparece en un momento crítico. Yitzhak Rabin conducía un proceso destinado a transformar las relaciones entre israelíes y palestinos cuando fue asesinado en 1995 por un extremista israelí contrario a los Acuerdos de Oslo. Su muerte eliminó a uno de los principales protagonistas de aquel proceso y la historia tomó otro camino.

Alexéi Navalny, el principal opositor político de Vladímir Putin, ya había sobrevivido a un intento de envenenamiento en 2020. Regresó a Rusia, fue encarcelado y murió en 2024 en una colonia penal de Siberia. Posteriormente se comprobó la presencia de una toxina letal en muestras de su cuerpo. Con su muerte desapareció la figura más importante de la oposición rusa.

Colombia conoce también las consecuencias del asesinato de dirigentes que podían influir decisivamente en el futuro del país. Jorge Eliécer Gaitán, la gran figura popular del liberalismo colombiano, fue asesinado

en Bogotá el 9 de abril de 1948. Su muerte desencadenó el Bogotazo y agravó un período de violencia que marcaría al país durante décadas. Cuarenta y un años después, Luis Carlos Galán, candidato presidencial y uno de los principales adversarios del narcotráfico, fue asesinado por sicarios durante un acto electoral en Soacha. En ambos casos, Colombia perdió violentamente a dirigentes que ocupaban un lugar central en momentos decisivos de su historia.

No son pocos los que, si tienen la oportunidad, tratarán de eliminar a María Corina: el narcotráfico y sus socios chavistas, para quienes una Venezuela democrática y con una justicia independiente amenaza su poder, sus negocios y su impunidad. El crimen organizado en Venezuela, en América Latina y más allá de la región. Los colectivos armados, que durante años han servido como instrumentos de intimidación y violencia y para quienes una democracia con Estado de derecho amenaza su poder y su impunidad. Los miembros del interinato y sus seguidores involucrados en hechos de corrupción y violencia. La dictadura castrista y la nicaragüense, para las cuales María Corina representa un peligro porque ha expresado públicamente, en más de una ocasión, su compromiso de apoyar el regreso de la democracia en esos países.

En estas circunstancias, el único poder con capacidad real para garantizar la vida de María Corina Machado es el gobierno de Donald Trump. Si la estrategia de Washington hasta ahora ha sido tutelar la transición venezolana para evitar una nueva etapa de violencia y conducir al país hacia la democracia, ninguna responsabilidad de ese tutelaje puede ser más importante que proteger su vida.

La desaparición de María Corina podría alterar profundamente el curso de la transición, como ocurrió en otros momentos de la historia con dirigentes cuya ausencia cambió el destino de sus países. Si existe el poder para impedirlo, existe también una responsabilidad que la historia juzgará: la de quien pudo protegerla y no lo hizo.

Por Rafael Montalvo



La policía de La Habana reprime a manifestantes durante una protesta masiva este domingo 11 de julio de 2021

La nación que debemos construir

La Habana. Cuba es hoy una nación profundamente herida. Casi siete décadas de dictadura no solo han destruido su economía y sus instituciones: han obligado a generaciones enteras a sobrevivir en un sistema donde demasiadas veces la necesidad sustituye a la ley, la improvisación reemplaza la planificación y la desconfianza ocupa el lugar que debería corresponder a la convivencia cívica.

Pero sería un error confundir las consecuencias de ese sistema con la naturaleza del pueblo cubano. Dentro y fuera de la Isla existen millones de cubanos que han conservado su dignidad, su capacidad de trabajo, su solidaridad y su deseo de vivir en libertad.

Salvar a Cuba no será solamente liberarla del comunismo. Ese será el primer paso. Lo verdaderamente difícil comenzará después.

Habrà que reconstruir una República donde nadie esté por encima de la ley y donde la justicia sea firme, independiente y ajena tanto a la impunidad como a la venganza. Una nación donde el ciudadano conozca sus derechos, pero también comprenda sus responsabilidades.

La prosperidad tampoco llegará simplemente porque desaparezca la dictadura. La riqueza de una nación depende del trabajo, la educación, la confianza, el respeto a la propiedad, la seguridad jurídica y de instituciones capaces de garantizar las

mismas reglas para todos.

Han sido casi setenta años de vivir improvisando mientras otros deciden por nosotros; décadas en las que sobrevivir ha obligado a muchos cubanos a sacrificar principios y conductas que en una sociedad normal deberían ser parte de la vida cotidiana. Ese daño no desaparecerá automáticamente con la libertad ni con la llegada de inversiones y prosperidad.

La futura democracia tendrá que protegerse también del caudillismo, del mesianismo político, de la corrupción y de quienes pretendan sustituir nuevamente las instituciones por la voluntad de un hombre o de un grupo.

Cuba necesitará recuperar algo que ninguna inversión extranjera puede proporcionarle: la confianza entre los cubanos. La confianza en que un contrato será respetado, que un tribunal será imparcial, que el esfuerzo tendrá recompensa, que nadie perderá sus derechos por pensar diferente y que el adversario político no será tratado como enemigo.

La caída de la dictadura podrá liberar a Cuba. Reconstruir la República exigirá algo mucho más difícil: recuperar el respeto a la ley, la responsabilidad individual, la convivencia cívica y la confianza que décadas de totalitarismo han erosionado.

Esa es la nación que debemos construir.

Por Frank Correa. Defensor del Pueblo



El miedo del lobo ante las ovejas

La joven de 19 años Ana Sofía Benítez Silvente, conocida en las redes sociales como Ana Bensi, y su madre Cary Silvente, fueron procesadas, juzgadas y sancionadas el 1 de octubre por filmar a un agente de la autoridad, cuando les entregaba en su vivienda una citación policial.

Bajo la acusación de violar la intimidad y privacidad del represor, ambas mujeres fueron sentenciadas a dos años de prisión domiciliaria, un hecho que provocó repulsa en gran parte de la comunidad cubana e internacional, sobre todos entre los jóvenes y la comunidad cristiana, y produjo una ola de cuestionamientos a la ya muy deteriorada imagen del Gobierno.

También ese día represores de la policía y la Seguridad del Estado detuvieron al pastor Rolando Pérez Lora, conocido como el "Pregonero de Cristo", cuando intentaba acompañar a Ana Sofía y a su madre al tribunal donde serían juzgadas. La detención formó parte del cerco desplegado para impedir que activistas y simpatizantes asistieran al juicio.

Imágenes que circularon en Internet mostraron a varios policías sujetando al pastor por los brazos, tirándolo al suelo mientras lo esposaban y después lo conducían a un auto patrullero. La joven Ana Bensi se escucha en el video gritar: "Cuba es una dictadura. Todo el mundo lo tiene que saber. ¡Abajo la revolución!".

Esta injusta condena a dos mujeres cristianas y pacíficas, y la violencia policial exhibida contra el pastor Rolando Pérez Lora, han provocado una reacción de unidad y apoyo en sectores de la sociedad civil contestataria y entre los practicantes religiosos de distintas denominaciones, al punto que el Presbítero Ejecutivo General de las Asambleas de Dios en Cuba, emitió nuevas orientaciones que redefinen el alcance de la prohibición incluida en su Pacto del Miembro, de "inmiscuirse en bandos políticos" y aclaran que los creyentes pueden expresar opiniones políticas críticas contra el Gobierno y sus instituciones, así como cuestionar de manera fundamentada leyes que consideren injustas.

Ahora el lobo que antes esquilaba, maniatada y aterraba con su aullido feroz, deberá temer en lo adelante a una rebelión de las ovejas, cansadas del infinito martirio.

Por Roxana Rodríguez, Secretaria de Rel. Int. de Cuba Independiente y Democrática.



Marco Rubio durante un discurso pronunciado en Atenas, Grecia.

Occidente está en una encrucijada

En un discurso pronunciado en Atenas, cerca de la Acrópolis y en uno de los lugares donde nació la democracia, Marco Rubio planteó una cuestión que trasciende la política exterior de Estados Unidos: el futuro de la civilización occidental.

El secretario de Estado recordó que en la antigua Grecia aparecieron rasgos que posteriormente definirían a Occidente: el individualismo, la ambición, la curiosidad, el deseo de descubrir, explorar, inventar y asumir riesgos. De aquella tradición surgieron fundamentos de nuestras matemáticas, ciencia, medicina, filosofía y ética. A esa herencia se incorporarían Roma, el cristianismo, el derecho natural y, siglos después, las instituciones que hicieron posible las democracias modernas.

Pero Rubio no viajó al pasado para pronunciar una conferencia de historia. Su mensaje estuvo dirigido al presente.

Occidente, advirtió, atraviesa una crisis de confianza. Durante décadas comenzó a sentirse avergonzado de las mismas características que habían contribuido a su extraordinario desarrollo. La prosperidad llegó a convertirse en motivo de culpa y los logros occidentales dejaron de ser vistos con orgullo.

Mientras esto ocurría, el mundo no se transformó en el lugar pacífico que muchos imaginaron después de la Guerra Fría. Los intereses nacionales no desaparecieron porque existieran instituciones internacionales. Tampoco desaparecieron las guerras porque Occidente prefiriera la paz. Rusia invadió Ucrania, China se convirtió en una formidable potencia económica, tecnológica y militar, y las democracias descubrieron peligrosas dependencias de otros países para productos y materias primas esenciales.

Rubio resumió el momento con una advertencia: Occidente está en una encrucijada.

La decisión que se tome durante los próximos años determinará, según afirmó,

si Occidente conserva su posición en el mundo o acepta un futuro de decadencia y subordinación.

La respuesta no puede limitarse a aumentar los presupuestos militares. Implica recuperar capacidad industrial, asegurar las cadenas de suministro y competir por el liderazgo en inteligencia artificial, semiconductores, energía, minerales estratégicos, espacio y las tecnologías que determinarán el poder económico y militar del futuro.

Hay otro aspecto importante en su mensaje. Rubio no presentó a Europa como adversaria de Estados Unidos. Por el contrario, la invitó a participar en una renovación occidental. Estados Unidos y Europa comparten una civilización y un destino mucho más importantes que sus diferencias circunstanciales.

El Wall Street Journal, en un editorial dedicado al discurso, señaló que pocas veces se escucha hoy a un dirigente político hablar de Occidente y establecer una relación directa entre nuestro presente y la herencia de Atenas y Jerusalén. Lo calificó como un llamado a recuperar las virtudes y ambiciones que hicieron posible sus grandes realizaciones.

Esa es probablemente la cuestión fundamental. Ninguna civilización puede conservar indefinidamente aquello que deja de valorar. La libertad, la democracia, la ciencia y el progreso económico no aparecieron espontáneamente ni están garantizados para siempre.

Occidente tiene adversarios, pero su mayor peligro podría ser perder la confianza en sí mismo. Reconocer los errores de nuestra historia es indispensable. Convertirlos en una razón para desconocer nuestros logros sería otra cosa.

La encrucijada de la que habló Marco Rubio exige escoger. Occidente puede recuperar la confianza que lo impulsó durante siglos o resignarse a contemplar cómo otros construyen el futuro.

Por Laura María Labrada Pollán.
Presidenta del CID

Cuba no necesita un tutelaje

“Las instituciones políticas y económicas son el determinante fundamental del desempeño económico”. La afirmación pertenece a Douglass C. North, Premio Nobel de Economía de 1993, y resume una lección que Cuba no debe ignorar. North sostuvo que son las instituciones las que crean los incentivos que condicionan el funcionamiento de una economía.

A Cuba no le sirve un tutelaje como el dispuesto por el gobierno norteamericano en Venezuela. La idea de estabilizar primero la economía y posponer para después la construcción plena de la democracia invierte el orden necesario.

El desarrollo económico sostenible necesita instituciones legítimas. Necesita un gobierno que responda ante los ciudadanos, leyes que se cumplan, tribunales independientes, derechos de propiedad protegidos y reglas que no puedan modificarse arbitrariamente según los intereses de quienes ejercen el poder.

Los ciudadanos tienen que saber que sus derechos serán respetados. Los trabajadores necesitan libertad para organizarse, reclamar mejores condiciones y defender sus intereses. Los empresarios, desde el pequeño comerciante hasta quien arriesga grandes capitales, necesitan la seguridad de que su propiedad y sus inversiones estarán protegidas por la ley.

Sin esas garantías puede existir una recuperación temporal, pero será difícil construir una economía sólida. ¿Quién invierte sus ahorros durante veinte años si no sabe quién decidirá mañana sobre su propiedad? ¿Quién crea una empresa si una decisión política puede destruirla?

La relación entre instituciones y prosperidad ha sido ampliamente estudiada. El Premio Nobel de Economía de 2024 reconoció precisamente los trabajos de Daron Acemoglu, Simon Johnson y James Robinson sobre cómo se forman las instituciones y cómo afectan la prosperidad. La Academia destacó que las sociedades con un Estado de derecho débil e instituciones que explotan a la población no generan crecimiento sostenido.

Cuba necesitará inversiones enormes para reconstruir su electricidad, agua, transporte, comunicaciones, agricultura e industrias. También necesitará recuperar la confianza de millones de cubanos dentro y fuera de la Isla. Esa confianza no puede construirse bajo un tutelaje extranjero ni esperando que la prosperidad produzca algún día la democracia.

El orden debe ser el contrario: primero legitimidad, instituciones democráticas y Estado de derecho. Sobre esos cimientos podrá construirse una economía capaz de generar prosperidad duradera.



María Corina Machado: Por qué debo regresar a Venezuela y por qué el pueblo debe votar

El 3 de enero, el presidente Trump cambió nuestra historia: Nicolás Maduro, jefe de la estructura criminal que mantuvo a Venezuela como rehén durante casi tres décadas, fue capturado y llevado ante la justicia. Ocurrió lo que muchos creían imposible.

Desde entonces, nuestros países han tenido una oportunidad histórica: dismantlar los cárteles, revertir la influencia cubana, rusa, iraní y china, construir una alianza energética y lograr que millones de venezolanos regresen a casa.

Estamos decididos a aprovecharla, sabiendo que, para que este proceso tenga éxito, una fuerza debe estar plenamente involucrada: el pueblo venezolano.

Venezuela no es Irak ni Afganistán. Somos una sociedad cohesionada, sin profundas divisiones étnicas o religiosas. Alguna vez tuvimos la democracia más estable y la economía más dinámica de América Latina. Perdimos ambas a manos de un régimen socialista criminal. El resultado fueron la miseria, la violencia, el Tren de Aragua, el Cartel de los Soles y la mayor crisis migratoria de nuestro hemisferio.

Ese régimen todavía conserva mucho poder. Si la presión disminuye mientras mantiene el control de facto, volverá a sus viejos métodos.

Los venezolanos queremos que nuestros hijos regresen a casa, un futuro luminoso y una alianza duradera con Estados Unidos basada en valores comunes. Millones de venezolanos en el extranjero solo regresarán si existe un camino claro hacia una transición democrática. Solo un gobierno electo puede ofrecer esa confianza.

Eso fue lo que votamos el 28 de julio de 2024. Maduro censuró los medios de comunicación, me impidió competir y encarceló a mi equipo. Pero los venezolanos se organizaron, votaron, verificaron los resultados y superaron el fraude y la represión. Ganamos de manera abrumadora.

Maduro encarceló a más de 2.000 personas, pero no pudo ocultar la verdad. El 28 de julio se convirtió en nuestro mayor movimiento cívico y

demonstró que los venezolanos son una garantía de estabilidad democrática y el mejor socio de Estados Unidos en la región.

Somos una nación occidental y pacífica, comprometida con la libertad y la democracia, devastada por el socialismo, pero dotada de más de 300.000 millones de barriles de petróleo, vastas reservas de gas, potencial hidroeléctrico y minerales críticos. ... todo ello a apenas tres horas de Florida.

Estados Unidos ha sido nuestro socio natural durante un siglo. Las empresas estadounidenses nos enseñaron a producir petróleo y nos trajeron nuestro deporte nacional: el béisbol.

Después de 27 años de destrucción socialista, queremos que Estados Unidos vuelva a ser nuestro principal socio comercial y queremos que Venezuela sea una fuente energética confiable para Estados Unidos.

Venezuela puede producir mucho más de 5 millones de barriles diarios con una inversión de unos 200.000 millones de dólares. Las compañías petroleras pueden perforar bajo prácticamente cualquier gobierno, pero un capital de esa magnitud requiere contratos de entre 20 y 30 años que comprometan a los gobiernos futuros. Mantener esa inversión requiere un marco jurídico predecible, cumplimiento de los contratos y un régimen fiscal competitivo, todo ello posible únicamente bajo un Estado de derecho occidental.

El desafío va más allá de los recursos. Esa misma certeza a largo plazo es necesaria para reconstruir la red eléctrica, los puertos, los sistemas de agua y la infraestructura digital, así como las instituciones, el control territorial, la justicia, la educación y la salud. Tenemos los planes y los equipos.

Instituciones sólidas deben ofrecer a los inversores garantías a largo plazo, sustentadas en el Estado de derecho y no en presiones externas. También impiden que el chavismo regrese a sus viejos métodos.

Un gobierno legítimamente elegido puede

ofrecer esa certeza sin costarle un solo dólar a los contribuyentes estadounidenses. El capital privado puede financiar nuestra recuperación de manera transparente.

Queremos todo esto en libertad y democracia, con ambos países beneficiándose. Como líder del movimiento cívico que millones hicieron suyo, he asumido este compromiso: Venezuela respetará los contratos, protegerá la propiedad privada y construirá una alianza estratégica duradera con Estados Unidos.

Esa es también la razón por la que mi regreso es urgente. Mi deber es acompañar a nuestro pueblo y canalizar pacíficamente las crecientes tensiones sociales. Debo estar allí, profundizando la organización ciudadana, fortaleciendo nuestra red cívica y forjando un acuerdo nacional entre civiles y militares.

Regresaré y recorreré el país, preparando a Venezuela para reconstruir sus instituciones, su economía y su democracia, y para convertirse en el socio más fuerte de Estados Unidos en el hemisferio.

Por eso, el próximo paso estratégico es establecer una fecha para las elecciones presidenciales dentro del próximo año, junto con una hoja de ruta para las reformas necesarias para garantizar que sean libres y justas.

Una fecha firme dará a los venezolanos un horizonte para organizarse y participar, incorporando a la sociedad al proceso iniciado con el arresto de Maduro. Para quienes temen que unas elecciones puedan generar inestabilidad, ocurre lo contrario: unirán al país y aportarán certeza. La elección anterior demostró que millones pueden y están dispuestos a organizarse pacíficamente para lograr un cambio democrático.

La estabilidad duradera se basa en compromisos asumidos con un gobierno legítimo respaldado por los venezolanos. La cooperación en materia de seguridad requiere un mando legítimo. Nuestra visión es convertir los acuerdos gubernamentales en políticas de Estado que puedan sobrevivir a los cambios de gobierno.

En última instancia, la estabilidad depende de la participación de nuestro pueblo. Eso no puede esperar hasta que termine la transición; es la mayor garantía de que tenga éxito.

El secretario de Estado Marco Rubio ha declarado que Venezuela debe celebrar elecciones libres. Estamos de acuerdo. Los venezolanos necesitan saber cuándo.

El 3 de enero, el presidente Trump hizo lo que muchos creían imposible. Ahora podemos convertirlo en una victoria estratégica duradera: una Venezuela estable, democrática y próspera, aliada con Estados Unidos, abierta a la inversión estadounidense y contribuyendo a la seguridad del hemisferio.

Los venezolanos estamos preparados para hacer lo que sea necesario. Hemos demostrado que podemos organizarnos, votar y defender pacíficamente nuestra voluntad. Incorporar esa fuerza al proceso mediante un calendario electoral no pondrá en riesgo los avances. Los consolidaré.

El 3 de enero abrió la puerta. Los venezolanos estamos preparados para atravesarla y no mirar atrás.

Nota: María Corina Machado ganó el Premio Nobel de la Paz 2025 por su lucha para restaurar la libertad en Venezuela y derrotar al régimen autoritario de Nicolás Maduro.